

dignidad infinita de la persona del Salvador), ¿qué es la causa de haber querido él derramar toda su sangre, y padecer una muerte tan penosa, acompañada con tantas maneras de injurias y ignominias?

*M.* Los frutos inestimables que desos dolores e ignominias se siguieron, bastan para satisfacer á esa pregunta. Mas al presente quiero señalaros brevemente otras tres causas por las cuales el Salvador abrazó esos trabajos que decís. Para lo cual presupongo dos cosas. La primera es la que agora acabé de decir, que es el fin principal que el Salvador pretendía en su sagrada Pasión. Lo segundo presupongo también lo que todos sabemos; y es, que cuando una persona vil hace una notable injuria á un grande príncipe ó rey, no se contenta la justicia con castigarle con la pena ordinaria de las injurias que pasan entre los iguales; mas ántes cuanto la persona injuriada es mas alta, tanto es mayor el castigo della, y cuanto este fuere mayor y mas extraordinario, tanto queda mas satisfecha y recompensada la injuria de la persona ofendida; porque la grandeza del castigo redunda en mayor gloria della. Pues aplicando esto á nuestro propósito, como Cristo nuestro Salvador amaba con inestimable amor la gloria de su eterno Padre, á quien todos los hombres habian tan gravemente ofendido, y él por su inmensa caridad tomase á cargo satisfacer por estas injurias, entendiendo bien que cuanto la satisfacción fuese mas cumplida, tanto la ofensa quedaba mas recompensada, y la persona ofendida mas honrada, ¿qué había de hacer quien tanto amaba la gloria del Padre, sino acumular trabajos sobre trabajos, y dolores sobre dolores, e injurias sobre injurias, para que tanto mas perfectamente quedase mas honrada la persona desacatada, cuanto mas cumplida era la satisfacción? Y aun mas os digo, que fué tan grande el ardor que aquella ánima santísima tenía de recompensar con sus dolores esta injuria, que todo esto le parecía poco, y si fuera menester estar penando hasta el fin del mundo por esta causa, caridad y voluntad tenía para ello, y para mucho mas. Y por esta causa quiso él en esta Pasión ser desamparado de su Padre y de sí mismo, para que padeciendo sin ninguna manera de alivio ni consolación, fuese tanto mas crecida esta satisfacción, cuanto mas crecidos eran sus dolores, y mas sin consolación. Los cuales fueron tales, que la representación dellos bastó para la mas nueva cosa que jamas se vió, que fué sudar gotas de sangre que corria hasta el suelo (*m*). Pues ¿cuál podremos juzgar que sería el dolor de aquella ánima santísima, cuando tal accidente mostraba por defuera?

Pues con este tan grande sacrificio ofrecido por tal persona, y abrasado con el fuego de aquella incomprehensible caridad que en aquel sacratísimo pecho ardía, quedó tan aplacada y satisfecha aquella infinita Majestad, que mucho mas le agradó este sacrificio, que le desagradaron todos los pecados del mundo; y mayor fué la honra que con este servicio recibió, que la deshonra con que los hombres (cuanto era de su parte) le desacataron. Y demas desto, si os espantan las invenciones de injurias con que los hombres malvados injuriaron este Señor, vistiéndolo ya de blanco, ya de colorado, ya como á loco, ya como á rey fingido, poned los ojos en las invenciones de maldades y pecados que los hombres han inventado para ofender aquella inmensa Majestad, y veréis cuán conveniente cosa era que esas invenciones

(*m*) Luc. 22.

de maldades se purgasen con las invenciones de las injurias del que venía á satisfacer por ellas, para que desta manera unas invenciones se recompensasen con otras.

*C.* ¡Oh, Maestro, cuán alto y cuán profundo es este misterio, y cómo es necesaria especial lumbre de Dios para penetrar las maravillas que hay en él! Porque quien mira á ese Señor con ojos de carne en medio de tantas deshonras, parecerle ha ser eso cosa indigna de tan grande Majestad; mas mirándolo con esa luz, y penetrando las causas y conveniencias dese misterio, no solo no se escandalizará de lo que ve padecer á ese Redemptor por la gloria de su Padre, mas ántes se espantará cómo no padesció mas quien tanto la celaba y deseaba.

*M.* En nuestros ojos no padesció mas deso que vemos, mas en los de su Padre tanto padesció quanto deseó padecer; pues ante aquellos divinos ojos no tienen menos valor y precio los tales deseos, que las mismas obras, como se ve en el sacrificio de Abraham (*n*). Y si os pone admiración la grandeza deste deseo de Cristo, y este tan gran celo de la honra de su Padre, poned los ojos en lo que aquella sagrada humanidad recibió en el punto que fué criada, cuando fué unida con el Verbo divino, y enriquecida y hermoçada con los tesoros de todas las gracias y excelencias que arriba declaramos; y quien esto profundamente considerare, verá luego la causa deste tan grande amor, y la orden y la consecuencia de las cosas deste misterio, con lo cual quedará su ánima suspensa con una grande admiración de la bondad y sabiduría del que todo esto trazó con tan grande concierto.

Esta es pues, hermano, la primera causa de haber querido el Salvador escoger tan dolorosa y afrentosa muerte. La segunda fué para esfuerzo, y ejemplo, y consuelo de innumerables mártires, los cuales glorificaron sumamente á su Criador con las pasiones de sus martirios, como poco ha dijimos, y por eso no hay necesidad de repetir aquí lo que habeis oído. Mas la tercera fué los grandes e inestimables frutos que destas pasiones se siguieron, de los cuales se trata mas por extenso en la tercera parte desta escriptura, donde entran singulares ejemplos, y estímulos grandes que se nos dieron para todas las virtudes, y señaladamente para amar aquel Señor que tales y tantas cosas padesció por el ardentísimo amor y deseo que tuvo de nuestra sanctificación y salvación.

#### SEGUNDA PARTE DESTE DIALOGO.

En la cual se trata de lo que sirve para inflamar nuestra voluntad en el amor de nuestro clementísimo Redemptor.

##### CATECÚMENO.

Hasta aquí habeis tratado, Maestro, de lo que sirve para confirmación de nuestra fe, y para dar luz á nuestro entendimiento para la inteligencia deste divino misterio (que es lo que derechamente á mi instrucción y estado de catecúmeno pertenece). Mas porque el principal fruto de la doctrina es la caridad, querría que pasádes un poco las marcas de la doctrina, y que así como habeis tratado de lo que toca á la luz del entendimiento, tratádes también de lo que sirve para inflamar la voluntad en el amor dese clementísimo Redemptor. Porque tan grande beneficio grande amor pide; ni se puede pagar sino con amor lo que de tan grande amor procedió.

(*n*) Gen. 22.

*Maestro.* Tantas son las causas y motivos que tenemos para amar á nuestro benignísimo Redemptor, cuantas heridas y llagas recibió en su sacratísimo cuerpo. Porque así como todas ellas están testificando y predicando su amor, así nos están pidiendo retorno de amor. Mas porque faltaria tiempo para declarar los grandes estímulos y motivos que aquí tenemos para amar á nuestro libertador (y desto también se trata en diversos lugares desta escriptura), brevemente os apuntaré aquí dos: que son la grandeza deste beneficio, y la grandeza de la divina bondad que señaladamente en él, mucho mas que en todas las otras obras suyas, resplandesce. Mas la grandeza del beneficio no se puede enteramente conocer en esta vida. Porque así como no podemos entender cuán grande sea la gloria y hermosura de nuestro Criador hasta que lo veamos, así tampoco la grandeza deste beneficio del Redemptor, hasta que en el cielo gocemos del principal fruto dél, que es la gloria perdurable. Porque cuando el justo se vea entre los coros de los ángeles, viendo cara á cara aquella infinita hermosura del Criador, y gozando con esto de inestimables deleites, sin temor de jamas perderlos, y entienda que este bien tan grande principalmente le vino por aquellas preciosas llagas, cuyas señales verá impresas en el mismo cuerpo del Salvador para eterna memoria deste beneficio, entónces entenderá la grandeza dél, y allí se derretirá en amor de quien tanto bien le mereció. Entónces adorará con summa reverencia y agradescimiento aquellas gloriosas señales, causadoras de tan grande bien, las cuales entenderá que fueron puertas por donde entró á gozar del summo bien. ¡Oh qué voces de alabanza allí resonarán en su boca! ¡Oh qué cuánta devoción, con qué agradescimiento y amor dará gracias por este beneficio! Mas puesto caso que en esta vida no tengamos esta manera de conocimiento, no por eso debemos dejar de alabar y dar gracias á este Señor que así se apiadó de nosotros; pues en lugar de la ira y castigo que teníamos merecido, convirtió su ira en misericordia, y tomó él en sí la pena que nos era debida, para satisfacer por nuestra culpa, y reconciliarnos con su eterno Padre.

Las palabras con que le habeis de dar las gracias son las siguientes: las cuales dice Esaías (*o*) que llegado este día los fieles cantarán á Dios en esta forma: Alabarte he, Señor, porque estando airado contra mí, amansaste tu furor, y tuviste por bien de consolarme. Veis aquí á Dios hecho mi Salvador: ya viviré confiado, y no tendré por qué temer. Porque él es mi fortaleza, y mi alabanza, y él es el autor de mi salud. Cogereis con alegría aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Alabad al Señor, y invocad su sancto nombre. Predicad en los pueblos las invenciones de su misericordia, y acordaos que es muy alto su nombre. Cantad al Señor, porque lo ha hecho magníficamente, y denunciad esto en toda la tierra. Lo dicho es de Esaías.

*C.* Ciertamente, Maestro, palabras son esas de grande devoción y consolación, y de grande confianza; las cuales debíamos traer siempre impresas en el corazón, pues con ellas nos declara ese divino profeta la grandeza deste beneficio. Esta es pues la primera cosa que ha de encender nuestro espíritu en el amor deste clementísimo Redemptor. Mas declaradme agora la otra segunda causa que dijistes deste amor.

*M.* La segunda causa que nos debe mover al amor

(*o*) Esaí. 12.

deste Señor, os dije que era la grandeza de la bondad que en este misterio singularmente resplandesce. Porque ya sabeis que el objeto, ó (por hablar mas claro) el blanco á donde tira siempre la voluntad, es el bien, y así no hay cosa que mas la mueva que este. Pues para el conocimiento desta summa bondad habemos de presuponer aquella sentencia tan celebrada de Sant Dionisio (*p*), tantas veces repetida en esta escriptura, que la naturaleza de la bondad es ser comunicativa de sí misma: que es, querer comunicar el bien que tiene á todos, y hacerlos semejantes á sí. De donde se sigue que cuanto la cosa fuere mas buena, tanto mas participará esta condición, y tanto mas deseará comunicar este bien.

*C.* Bien se infiere eso de lo dicho. Porque si solemos decir que lo blanco derrama la vista, y lo prieto la recoge; de ahí se sigue que cuanto el color fuere mas blanco, mas la derramará, y cuanto mas prieto, mas la recogerá. Y esta misma consecuencia se hallará en la naturaleza de la bondad, que cuanto fuere mayor, tanto mas deseará esta comunicacion.

*M.* Bien decís, y de ahí luego se sigue que como Dios sea summamente bueno, que (cuanto es de su parte, no habiendo resistencia en las criaturas) tendrá summo deseo de comunicarse á todas ellas, segun la capacidad de cada una, como dice el mismo Dionisio. Mas hablando de las criaturas que tienen entendimiento (como los ángeles y los hombres, que son capaces de mayores bienes) á estos deseará summamente hacer semejantes á sí: que es, buenos y sanctos, y despues bienaventurados, como él lo es. Pues este tan gran deseo de comunicarnos su bondad y sanctidad, fué la razon que lo movió á levantar al hombre caído. Y habiendo muchos medios para hacer esta obra, no miró á lo que él podia hacer, sino á lo que mas convenia para nuestra sanctificación, y para la perfección de sus obras. Y vió que el mas excelente y mas conveniente medio para este fin era hacer una novedad la mayor de cuantas se pudieran pensar ó desear, que era hacerse Dios hombre; para que pues hombre había sido el que destruyó el mundo, fuese también hombre el que lo reparase; para que por la parte que era hombre pudiese merecer y satisfacer, y por la que era Dios diese á aquella sancta humanidad valor y virtud para una obra tan grande como era la redempción del género humano. Pues primeramente quiso este Redemptor que se guardasen en esta obra, demas de la misericordia, todos los términos de justicia, para que no faltasen estas dos hermanas y compañeras de todas las obras divinas, que son misericordia y justicia. Para lo cual determinó tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos, ofreciendo no sangre de corderos ó becerros (como ántes se hacia), sino su propia sangre, y su purísima e inocentísima vida, para que con la muerte que él no debía, pagase por la que todos por el pecado debíamos. Pues la historia desta sagrada muerte habeis vos, hermano, de pensar con toda la humildad y devoción que os sea posible, y no así á bulto y á carga cerrada, sino con todas las circunstancias que entrevinieron en ella, y particularmente con estas tres, conviene saber: la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de las cosas que padesce, y muy mas en particular la causa por qué las padesce; porque esta os espantará y moverá mucho mas.

(*p*) Dionys. de Divin. Nom. cap. 4.

Presupuesto agora este fundamento, levantad los ojos á considerar la majestad deste Señor que padesce, y mirad cómo aquel Señor, que, como dice Sant Juan (g), tiene escrito y broslado en su muslo y en su vestidura: Rey de los reyes, y Señor de los señores; aquel que segun el mismo Evangelista dice (r) es Alfa y O, que es principio y fin de todas las cosas; aquel que, como dice el sancto Job (s), extiende los cielos solo, y anda sobre las ondas de la mar, y manda al sol que no amanezca, y así lo hace, y á las estrellas que no den luz, y así le obedescen; aquel que como él mismo dice (t) hace cosas grandes, y admirables, y incomprehensibles, sin cuento y sin número; aquel á quien, como dice Daniel (v), sirven millares de millares de ángeles, y á quien asisten diez veces cien mil millares de aquellos espíritus soberanos; aquel que con una simple muestra de su voluntad crió toda esta gran máquina del mundo, y ante cuyo acatamiento todo él, como dice el Sabio (x), no es mas que una gota del rocío que cae en la mañana. Pues este tal y tan grande Dios quiso por su propia voluntad padescer tantas invenciones y maneras de dolores y injurias, para pagar por todas las invenciones de deleites y maldades con que los hombres ofendieron á su Criador; y esto tan de corazon y voluntad, que ninguna dellas intervino en su sagrada Pasion, que él no la quisiese: no queriendo el pecado de los que las hacian, mas sirviéndose de su malicia para nuestro remedio. De manera que él quiso por nosotros ser preso como malhechor, y escupido como blasfemo, y escarnecido de Heródes como loco, y coronado de espinas como rey fingido, y infamado como engañador, y acusado como alborotador del pueblo, y sentenciado á muerte, y muerte de cruz. De modo que aquel Señor que, como dice Esaías (y), tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra, estuvo colgado de tres clavos en la Cruz; aquel que es gloria y hermosura de los ángeles, está crucificado entre ladrones; aquel á quien alaban las estrellas de la mañana (z), y cuya gloria predicán los hijos de Dios, oye vituperios y blasfemias de pecadores; aquel de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, está afeado y cubierto de llagas como un leproso; aquel en cuyo rostro desean mirar los ángeles, está desfigurado y escurecido con la presencia de la muerte; aquel cuya gloria predicán los serafines en el cielo, diciendo (a): Sancto, Sancto, Sancto, blasfeman los malos en la tierra, diciendo: crucificalo, crucificalo: muera, muera; aquel ante cuya presencia, como dice Esaías (b), todas las gentes son como si no fuesen, es comparado con Barabás, y tenido en ménos que él; aquel que es rio de todos los deleites del paraíso, es jaropado con hiel y vinagre; aquel que viste los campos de hermosura, está en el árbol de la Cruz desabrigoado y desnudo; aquel que es piélago de todos los tesoros y riquezas, no tiene sobre qué reclinar su cabeza en aquel madero; aquel ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo (c), y se arrodillan las inteligencias que mueven los cielos, está escarnecido de los soldados, los cuales hincándose de rodillas, escupian su divino rostro, y le daban hofetadas (d). Pues ¿qué fué esto sino una de las mas crueles representaciones y farsas que toda la malicia humana pudiera inventar? Para la cual los soldados

(g) Apoc. 19 (r) Ibid. 22. (s) Job. 9. (t) Ibidem. (v) Dan. 7. (x) Sap. 11. (y) Esaí. 40. (z) Job. 38. (a) Esaí. 6. (b) Esaí. 40. (c) Job. 26. (d) Matt. 27.

convocaron toda la guarda del Presidente, que serían muchos (e), y en presencia de todos le vistieron aquella púrpura vieja, y le pusieron la corona de espinas en la cabeza, y una caña por sceptro real en la mano. Y esto hecho, hacian luego las ceremonias de rey; y estas eran hincarse de rodillas, y decirle: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupir su rostro, y tomarle la caña de la mano, y herirle con ella (f), y sobre todo esto darle una gran hofetada, y dar ellos por esto una gran risada. Y esto no lo hizo solo un soldado, sino tambien los otros; porque todos querian ser ministros de aquella fiesta, y probar sus brazos en la cara del Señor; el cual ni se escudaba con sus manos, ni volvía el rostro á otra parte; cumpliendo aquello que él mismo profetizó por Esaías (g): No aparté mi rostro de los que me maltrataban y escupian.

Pues siendo esto así, ¿adónde mas habia de llegar? á qué mas se habia de extender? adónde mas habia de bajar aquella incomprehensible Majestad? ¿Qué es esto, Señor? qué abismo de bondad es este? qué misericordia? qué caridad? Todas las cosas, dice el Sabio (h), heciste con número, peso y medida. Grande es la mar y la tierra; mas su medida cierta tienen. Y mucho mayores son los cielos; mas tambien estos tienen su compas y medida. Grande es el número de las estrellas, pero vos las contais, y llamais á cada una por su nombre (i). Mas en esta obra de vuestra inmensa bondad y caridad para con los hombres, no quisistes que hubiese número, ni peso, ni medida; ántes quisistes pasar todas las marcas, sobrepujar todos los deseos, vencer todas las esperanzas, y pasar adelante de todo lo que se pudiera pensar, ofresciéndoos á tan extraños trabajos, sufriendo tantas injurias, y derramando sobre nosotros tanta abundancia de gracias, si quisieremos abrir los senos para recibir las.

#### §. ÚNICO.

De la causa del padecer: que fué la divina bondad.

Pues como esta haya sido la cosa mas nueva y mas admirable de cuantas ha habido en el mundo, y nadie se mueva á hacer cosas grandes sin grandes premios y intereses, ¿qué causa pudo mover á este Señor á trabajos tan grandes? Los mártires cuando padescian esforzábansse, y consolábansse con la esperanza del galardón. Sant Pablo sabía que le estaba guardada una corona de justicia que habia de recibir de la mano de Dios (k). David inclinaba su corazon á guardar los mandamientos divinos por el premio que esperaba (l). Pues vos, Señor, ¿qué premio, qué galardón esperábades de tan inmensos trabajos? Claro está que en vos nada deso podia haber. Pues ¿qué os movió, Señor, á tomar sobre vos una tan grande carga? ¿Fué alguna nueva alegría que desto recibísedes? No; porque sois infinitamente bienaventurado. ¿Fué algun nuevo poder, ó saber, ó jurisdiccion que se acrescentase á la vuestra? No; porque en vos está todo el poder, y todo el saber, y el señorío de todas las cosas. Pues ¿fué alguna nueva gloria que se acrescentase á la vuestra? Nada deso ha lugar en vos; porque es tan inmutable, y tan invariable esa divina substancia, y tan llena de todos los bienes, que no puede haber en ella novedad, ni alteracion, ni accidente, ni mudanza alguna, por la summa simplicidad y pureza

(e) Ibidem. (f) Joann. 18. (g) Esaí. 50. (h) Sap. 11. (i) Psalm. 146. (k) 2. Thim. 4. (l) Psalm. 118.

desa soberana deidad. De manera que aunque criádes mil mundos, y todos ellos se ocupasen en vuestras alabanzas, no por eso crecería vuestra gloria; ni porque todos se aniquilasen y pereciesen se disminuiría. Pues no habiendo esto lugar, Señor, en vos, ¿por qué quisistes abrazar esta tan pesada cruz? ¿Quién milita en la guerra á su propia costa? ¿quién planta una viña que no goce de los frutos della? ¿quién apascienta el ganado, que no coma la leche dél (m)? ¿quién da paso alguno, que no pretenda sacar dél algun fruto?

Y si nada desto cabe en vos, ¿por ventura movieron os las oraciones, y servicios, y méritos de los hombres? Claro está que no; pues quitado aparte el fruto de vuestra sagrada Pasion, todos los hombres nacen hijos de ira, y enemigos vuestros, y así no pueden merecer, ni hacer cosa que sea agradable á vuestros purísimos ojos. Resta luego que nada desto os movió, sino sola misericordia, sola caridad, sola bondad. Y si vos, Señor, en esa naturaleza divina fuéades en alguna manera pasible, no nos espantara tanto vuestra Pasion; mas que fuese tan grande la hambre y sed de padecer por nuestro remedio, que no pudiendo padecer en vuestra propia naturaleza, usádes de tan extraña invencion, que juntádes con vos una naturaleza mortal y pasible con tan estrecha union, que padesciendo y muriendo ella, se dijese con verdad que Dios padesció, y Dios murió (aunque no segun la naturaleza divina); esto es cosa que sobrepuja toda admiracion, y que suspende y transporta todos los sentidos humanos. Poco pareció á vuestra infinita bondad haber criado el hombre con tanta dignidad y gracia, y haberlo hecho capaz de vuestra gloria, y criado el sol, la luna, las estrellas, los cielos, la tierra, la mar, y todo lo que en estos elementos hay, para su servicio; porque aunque todo esto era mucho, mas á vos parecia poco, porque no os costaba nada. Por esto no os pareció que quedaba enteramente declarada la inmensidad de vuestra bondad, si no hiciédes algo que os costase mucho. Pues ¿qué bondad pudiera llegar aquí, sino la vuestra? ¿qué bondad se pudiera pensar digna de vuestra grandeza, sino esta? cuándo se vió morir el señor por su esclavo, y mas tal Señor por tan vil y desconocido esclavo? Espántase el profeta David (n) de que siendo el hombre una criatura tan vana, os quisistes dar á conocer á él; pues ¿cuánto mas se espantaría viendo que no solo os acordábades dél, sino que quisistes padecer y morir por él? Y ya que así habia determinado esto vuestra infinita bondad, pudiérades escoger una muerte breve y honrosa; mas escoger muerte por una parte tan ingominiosa, y por otra tan prolija (estando tres horas penando en una Cruz, cargando siempre el peso del cuerpo para abajo, y desgarrándose mas y mas las llagas, y todo esto sin alguna consolacion divina ni humana), ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza desta tan extraña bondad y caridad? ¿Qué martir cerró la puerta á las consolaciones que de parte de Dios le venian? ¿Quién quiso en sus trabajos ser desamparado de sus amigos, y discípulos, y conocidos? ¿Quién quiso tener la Madre innocentísima presente á tantos tormentos, para doblar con la presencia della sus dolores? Y si en esta satisfaccion queríades que se guardasen los términos de justicia, ¿qué justicia es que la persona ofendida tome á su cargo la satisfaccion de la culpada, y pague por ella?

(m) 1. Cor. 9. (n) Psalm. 145.

Y porque deseo que lleveis estas singulares propiedades de la divina bondad en la memoria (las cuales os servirán mucho cuando os pusiédes á meditar la sagrada Pasion), os las quiero resumir aquí en breve. Pues la primera es haber tenido el Salvador tan grande hambre y deseo de padecer por nuestro remedio, para declararnos la grandeza de su bondad, que no pudiendo padecer en su propia naturaleza, ayuntó consigo otra naturaleza mortal y pasible, en la cual pudiese padecer lo que no podia en la suya. La segunda es, padecer el Señor por el siervo, y el Rey por su vasallo: que es cosa que nunca acaesce. La tercera es, ser él ofendido, y pedir paz al culpado, y poner de su casa la satisfaccion. La cuarta es padecer sin ningun género de interese en cuato, y enemigos vuestros, y así no pueden merecer, ni hacer cosa que sea agradable á vuestros purísimos ojos. La quinta es, haber él querido padecer sin alguna consolacion divina ni humana. La sexta es, padecer los mayores dolores que jamas se padescieron, acompañados con tantas ignominias y deshonras. La séptima es, haber querido remediarnos por este medio tan costoso, pudiendo él remediarnos por otros muchos, por causa de los grandes y inestimables provechos que de aquí se nos seguian. En cada cosa destas, hermano, teneis bien en que pensar.

Pues con lo que hasta aquí habemos dicho, y con lo que adelante dirémos, se responde á la pregunta que al principio propusistes por parte de los infieles que tienen por ignominia la Pasion y muerte del Salvador. La causa desta ceguedad dice el Apóstol que es haber el Príncipe deste mundo escurecido los ojos de los infieles, para que no vean el resplandor de la gloria de Cristo, que está encerrada en su sagrada Pasion. La cual está tan léjos de ser ignominiosa, que podemos afirmar con verdad que ninguna de cuantas obras ha hecho Dios, y hará hasta la fin del mundo, ni todas ellas juntas igualan con la gloria que se le sigue de la ignominia desta Pasion. La razon desto es, porque en todas ellas juntas no nos dió tan clara muestra de su bondad, como en sola esta, en la cual tantas cosas hizo y padeció por hacernos buenos y sanctos. Si viésemos un hombre que toda la vida emplease en hacer á otros buenos, padeciendo por esta causa muchos trabajos, como los padecía Sant Pablo, y finalmente muriendo sobre esta demanda, no buscaríamos otro mayor argumento de su bondad que este. Niceforo escribe, que estando preso en tiempo del rey Sapór un sancto diácono, por nombre Benjamin, el Rey lo mandó soltar á ruego del embajador de los romanos que presente estaba; mas con condicion que no anduviese convirtiendo los gentiles á la fe de Cristo, como ántes lo hacia, so pena de muerte. La cual condicion no quiso aceptar el sancto varon, diciendo, que aunque muriese sobre ello, habia de tratar siempre de la conversion y sanctificacion de las ánimas. Y así lo hizo, y por ello fué muerto con un cruelísimo linaje de tormento; porque le metieron por sus partes naturales unas varas con unos ganchos agudos, y así le dejaron estar hasta que envió su bienaventurado espíritu al Señor. Pues ¿quién no ve cuán grande argumento de bondad sea este, que es hacer y padecer tanto, por hacer de los malos buenos? Por donde así como el Salvador dijo que no habia mayor señal de amor que poner uno la vida por sus amigos, así podemos tambien decir que no hay mayor señal de bondad que poner uno su vida por hacer á otros buenos. Pues segun esto ¿qué tan grande mues-